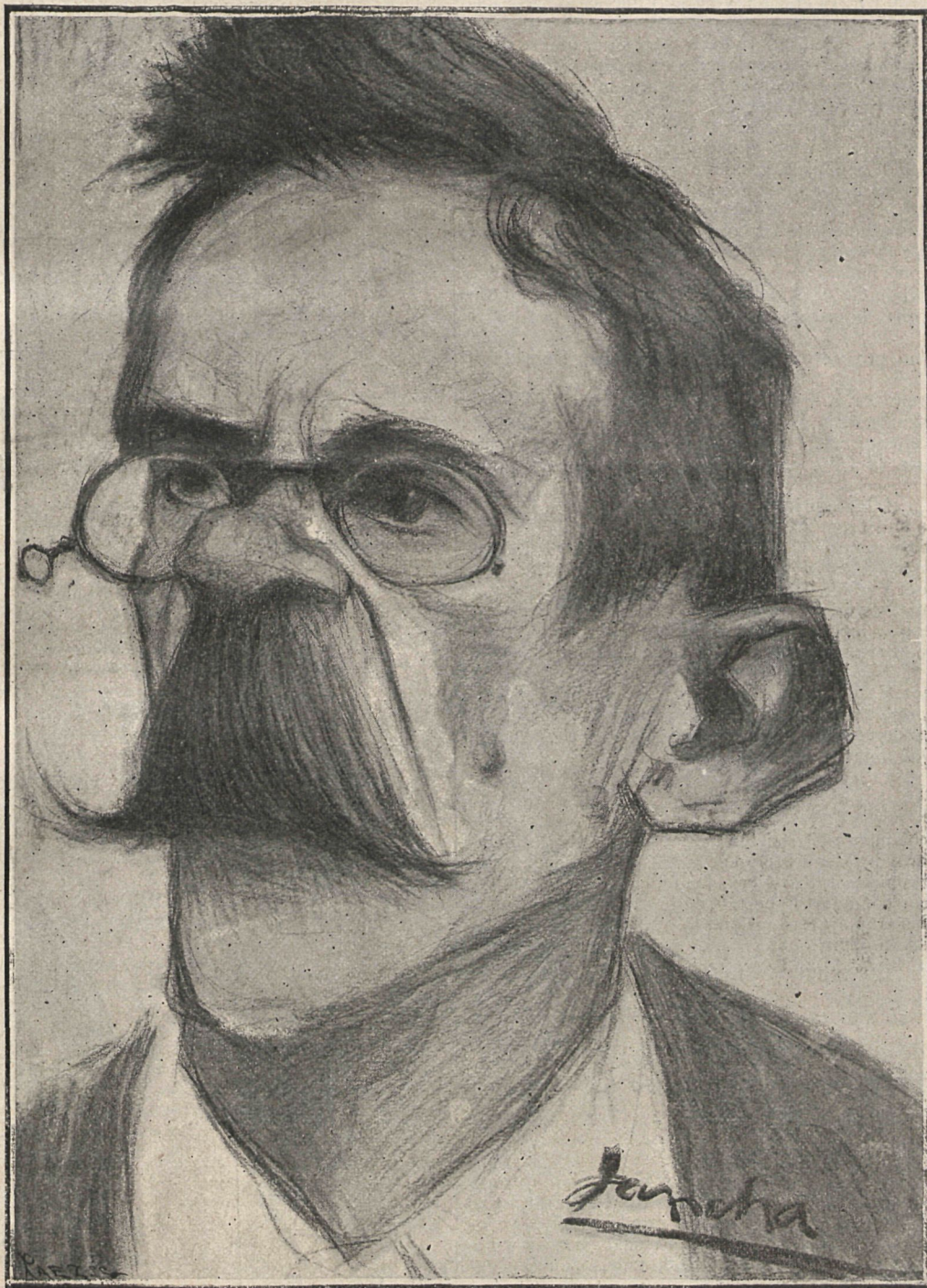




Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

Luis Taboada, Caricatura de SANCHA



Si se pesara la gracia,
la sátira y el ingenio,
Luis Taboada sería
el escritor de más peso.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Fabulilla, por Tomás Luceño.—Reprensión privada, por Nicolás de Leyva.—La fuente de La Seo, por Eusebio Blasco.—Palique, por Clarín.—El despertador, por Juan Pérez Zúñiga.—Dos comentarios, por Luis de Ansorena.—Lulú y Napoleón I. por Luis Bonafoux.—Principios de curso, por Félix Limendoux.—Tarjeta postal, por José de la Loma.—Chismes y Cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Luis Taboada, caricatura de Sancha.—Reflexiones, por Verdugo Landi.—En Recoletos, dibujo de Sancha.—Principio de temporada, por Cilla.—Cosas, por Navarrete.—Camino del Pardo, por Kariato.—Cabeceras artísticas de Navarrete.



De Todo un Poco

El público — ¡oh público amado! — ha recibido nuestro primer número de la tercera serie con tanto interés, que en pocas horas se agotaron los ejemplares de la primera edición, y ha sido necesario hacer una segunda.

¿Qué quiere decir esto? Pues quiere decir que MADRID CÓMICO tiene amigos verdaderos en todas partes.

De ello he podido convencerme más de una vez, mientras fui redactor del periódico en su primera época.

¡Qué de obsequios obtuve entonces!

Sólo por el hecho de escribir en el periódico, me vi festejado en diferentes pueblos de la península, y estuve á punto de que me declarasen hijo adoptivo de Figueira da Foz y portugués honorario, con uso de uniforme.

—¿Conque usted es el que hace las crónicas en el MADRID CÓMICO? Permítame usted que le abrace. ¿Quiere usted tomar algo? —me decían los suscriptores de provincias.

En cierta localidad de Galicia, me llevaron en triunfo al Ayuntamiento, y allí tuve que abrazar á los concejales uno por uno, y beber *sangría*.

—¿Diga usted? —me preguntaba un regidor. —¿Sinesio Delgado es rubio?

—No, señor, moreno claro.

—¿Ves tú? —exclamaba dirigiéndose á otro compañero de Municipio. —Yo siempre dije que tenía que ser moreno. Pocas ganas que hay aquí de conocerle. ¿Y Cilla, es guapo?

—Guapísimo.

—Me alegro —dijo el Secretario.

—Muchas gracias en su nombre —repliqué yo.

—Pues aquí les conocemos á ustedes á todos, aunque sin tratarles, porque nos hacen ustedes *de reir* y además, sacan ustedes unas figuras muy buenas en el periódico; y usted no sale de aquí sin coger una borrachera y fumarse un puro escogido... ¡Pues no faltaba más!

En fin, las cosas que me hicieron allí no son para dichas, y en poco estubo que no me sacaron en hombros del redondel, como al *Algabeño chico*.

Después... después MADRID CÓMICO se eclipsó y con él desaparecieron los agasajos, que ahora volverán, si Dios quiere.

¡Tenía unas ganas de volver á figurar y de beber *sangría*!

¡Oh la gloria! ¡Qué dulce es la gloria!

Con motivo de la flamante disposición del Sr. Villaverde declarando eternos é incontrovertibles á los funcionarios de Hacienda, sean ó no inteligentes y laboriosos, hánse cruzado felicitaciones entre los favorecidos, y se han compuesto poesías sublimes dedicadas al protector cariñoso de las sanguijuelas nacionales.

Un inspirado y joven oficial de la clase de quintos, con retención, ha dado á luz en *El Adalid de las Minutas* un bien escrito soneto, que empieza así:

AL ANGEL DE LA NÓMINA

*De la administración columna fuerte
eres, Raimundo bello y nacarado;
tu nombre en todo activo negociado
por siempre quedará, pese á la muerte.
Basta verte la faz para quererte, etc.*

En casa de muchos funcionarios públicos las niñas tejen coronas de flores de trapo para adornar con ellas la alba frente del ministro, que viene á ser una especie de *ninfa* bienhechor de las familias burocráticas; muchas esposas de oficiales terceros y cuartos bordan zapatillas y relojas para depositarlas, como modesto tributo, en el regazo del generoso prócer, y el secretario particular no tiene manos á abrir cartas afectuosas, en las que le dicen á Su Excelencia, poco más ó menos:

«Gracias, gracias, desde lo más íntimo de mi corazón.

»Quisiera poseer un rizo de esa hermosa cabeza, para guardarlo en el pecho, á guisa de escapulario.

»Suya agradecida servidora y subalterna, que le besa la mano, *Bonifacia Arenilla*, oficiala tercera consorte de Administración civil.»

El decreto de Villaverde, que ha obtenido excelente acogida... en-

tre los interesados, me ha hecho prorrumpir en el siguiente monólogo:

—¡Dios mío! Si cuando era completamente amovible, D. Eleuterio, el oficial de la Dirección de Rentas, trataba á puntapiés á los desgraciados que íbamos á preguntar por nuestros expedientes ¿qué no hará ahora que ha sido declarado por Real decreto monolito oficial?

LUIS TABOADA

Fabulilla.

Un carretero de Villagarcía, guiaba una carreta cierto día, tirada por dos bueyes *muy formales* como son todos estos animales. Los pobres infelices iban cargados hasta las narices, puesto que la carreta contenía cien quintales de piedra sillería, encima de la cual iba sentado un mocetón más bruto que un arado, y los brutos — cuidado que no miento — pesan más que los hombres de talento. Los bueyes se atascaron y sacar adelante no lograron la pesada carreta, y ¡vive Cristo! que en la vida se ha visto gente más enfadada ni más blasfemadora y descarada, al punto que los bueyes, asombrados, de rubor se pusieron colorados.

De la cercana aldea, cuando más arreciaba la pelea, y el boyero frenético pegaba á la yunta, que no se meneaba, llegó un patán, que en eso de burlarse bien podía apostarse á que no le ganaba el más sabihondo en diez y nueve leguas en redondo. Y fingiendo interés por el suceso, le replicó: —No te pasara eso si en vez de estos dos mansos que has uncido hubieras escogido dos toros de Veragua ó de Zalduendo, que ó de estas cosas yo muy poco entiendo, ó juzgo de estos bravos animales que tienen unas fuerzas colosales. —

—Un demonio!... ¡Cualquier mortal se arrima á un toro de esos que se viene encima, y al que coge, furioso le cornea, y con rabia le muerde y le patea! No le des vueltas, esos *cornúpetos* merecen toda clase de respetos. —

Y aquí la moraleja que se desprende de esta fabuleja:

*Del manso y del prudente
abusa sin piedad toda la gente,
y guarda, en cambio, consideraciones,
al que tiene perversas intenciones.*

TOMÁS LUCEÑO

Reflexiones, por VERDUGO LANDI



Al ver á Crisantos Gutiérrez y Pombo, admito que el hombre proceda del mono.



Pero viendo á Lúcas Fernández y Gómez, opino que el burro proceda del hombre.

Repreñsion privada.

—Que pase Toribio Novoa.

Al dar esta orden recobró el semblante del señor juez la expresión beatífica que le era habitual, avinagrada poco antes por el acto, repulsivo á su conciencia católica, de celebrar un matrimonio en la forma dispuesta en el artículo 100 del Código civil. Eso de ejercer él de celebrante láico y autorizar, aunque fuese en nombre de la ley, la unión perpetua é indisoluble de un zapatero, persuadido por las doctrinas de *El Motín*, y la viuda de un picador de novillos, persuadida por las doctrinas del zapatero, le parecía, sencillamente, la sanción inmoral de un concubinato.

Era D. Pastor Orejón, un antiguo letrado del Colegio de Pamplona, que obtuvo ingreso en la magistratura por el cuarto turno y quedó excedente, al cabo de algunos años, por reformas en la planta de los Tribunales. Afortunadamente, el ministro reformista (y esto de reformista ha de tomarse en el sentido gramatical del vocablo) era amigo de D. Pastor y le endulzó las amarguras de la excedencia nombrándole Juez municipal de uno de los distritos de Madrid.

Ortodoxo en creencias religiosas, reaccionario en ideas políticas y ordenancista en prácticas forenses, Orejón revestía de severidad é intransigencia su carácter benévolo. Hombre verboso por temperamento y, á la vez, pausado y prolijo en la enunciación de sus ideas, del ejercicio de la abogacía en Pamplona conservaba una decidida afición á la oratoria contenciosa y hasta sus asuntos domésticos los trataba en forma de alegato, con exordio, exposición de hechos, fundamentos y conclusiones, sistema que sobreexcitaba los nervios de la señora jueza, ó sea de la parte contraria.

Pertenecía Orejón á la casta de oradores que se escuchan y, por esto, habíale bautizado un fiscal maldiciente con el remoquete *oidor de sí mismo* y, en puridad, pocas veces otro que él había escuchado íntegros sus informes. Era un representante de Morfeo en estrados y su facundia había arrullado el sueño *reparador* de gran número de señores del margen. Cuando él informaba, en la capital de Navarra, la Sala solía convertirse en alcoba.

Volviendo ahora al comienzo de nuestro cuento, he de decir que compareció ante el juez Toribio Novoa, de treinta y seis años, cocheru, natural de Mondoñedo y domiciliado en Madrid.

Había incurrido Toribio en la falta comprendida en el número 3.º del artículo 589 del Código penal, por escándalo causado en la vía pública en estado de embriaguez, y fué sentenciado con la pena de cinco pesetas de multa y repreñsion privada.

La parte aflictiva de la pena para Novoa, era el pago del duro, y de buena gana lo hubiera él rescatado de las garras de la justicia municipal, si en su mano estuviera la conmutación de la multa por tantas repreñsiones como unidades monetarias le costaba aquélla, que por lo demás, lo mismo le era recibir personalmente la repreñsion á presencia del secretario y á puerta cerrada, que tocarle á un sordo el violín.

El automedonte se afianzó sobre su ancha base de sustentación, con las piernas en ángulo de compás y la gorra suspendida, en el vértice, por ambas manos, digno modelo para una estatua de la cachaza gallega.

D. Pastor encaróse con él de Mondoñedo, cual Cicerón con Catilina, y empezó así:

—¿Hasta cuando, hombres imprudentes, habéis de atentar contra el sosiego público, arrastrados por la incontinencia en el más denigrante de los vicios?

Toribio calló, como si no fuese nada con él.

—La bebida sin tasa—prosiguió pausadamente el Juez—transforma al hombre en bestia, y perdido el freno de la razón, se desboca en el cenagal de las más nefandas pasiones. (*Esta imagen era adecuada al oficio del compareciente*). El hombre que se embriaga pierde la dignidad humana para ser el ludibrio y la befa de sus semejantes (*Pausa*). Ni sus propios hijos respetaron al patriarca Noé, cuando Dios permitió que cayese en tan vergonzoso estado para ejemplo y lección de las generaciones venideras. ¿No piensa usted con horror, con espanto, en la posibilidad de ser escarnecido por sus hijos?

—Soy solteru, señor,—contestó humildemente Toribio.

El Juez, sin tomar en cuenta la interrupción, continuó:

—La embriaguez es madre de todos los vicios, y frecuentemente engendra el delito (*Compás de silencio*). Estando ébrio ha causado usted un escándalo, que por misericordia de Dios, no ha tenido graves consecuencias. Pero ¡cuántos males

irreparables puede usted producir por causa de la bebida en el ejercicio de su profesión! Figúrese usted que lleva en su coche á un bizarro general que va á contener una sublevación; está usted borracho y hace volcar el coche; el general llega tarde, y por culpa de usted, se trastorna el orden político, corren ríos de sangre y se derrumba el trono de nuestras venerandas instituciones.

—Non puede ser, señor,—dijo el gallego, aprovechando la pausa con que se recreaba el orador.

—Pues supongamos que conduce usted á un eminente médico que va á salvar la vida á un enfermo; el caballo, mal reprimido, se desboca; el médico no llega á tiempo y muere el enfermo, dejando la viudez y la orfandad por herencia.

—Non puede ser, señor.

El Juez dirigió una mirada severa al cocheru y prosiguió:

—Acaso vaya en el vehículo un virtuoso sacerdote que ha de administrar á un moribundo los auxilios espirituales de nuestra sacrosanta religión. ¡Qué responsabilidad tan inmensa para usted, si por su culpa, ocurre algún accidente que impida al clérigo llegar á tiempo, y se pierde un alma por toda una eternidad!

—Non puede ser, señor,—repitió por tercera vez Toribio.

—¿Que no puede ser?—dijo D. Pastor, molesto por la insistencia cachazuda de Novoa.—¿Y por qué no, vamos á ver?

—Señor, porque soy cocheru de una Funeraria.

NICOLÁS DE LEYVA

La fuente de La Seo.

En la fuente de La Seo bebía yo el agua fresca, cuando en alegre comparsa salíamos de la escuela...

¡Fuente pura, fuente sana, recuerdo de alegres siestas, pasadas en torno al caño cuyo són la mente sueña!

¡Tardes de asueto, en que unidos cantábamos á la rueda coplas de historias de reyes, cantos de amores y guerras!

¡Qué tiempos, y qué memorias!

¡Qué rodar por mar y tierra!

¡Qué de viajes y aventuras!

¡Qué de soñar con grandezas!

¡Oh, quién me diese volverme niño otra vez, y en cadencia cariñosa, oír del agua la monotona cadencia!

¡Volver á los verdes años de mi infancia aragonesa, cantar infantiles jotas, jugar al *marro* con la arena!

¡Refrescar la sed que daban del aula las horas muertas, saltar en torno á la fuente haciendo arcos con la cuerda!

Dios mío, ¿de qué sirvieron tantos viajes, tantas vueltas, tantas idas y venidas, tal luchar por la existencia,

si al cabo de tantos años hay que sentir la tristeza del recuerdo de la fuente, de aquel cielo de la tierra?...

¡Oh, quién me diese volverme á la dulce edad primera, y á la fuente de La Seo y á hacer arcos con la cuerda!

EUSEBIO BLASCO



EN RECOLETOS: —Todos nos miran, Eduvigis. Hemos dado golpe.—(Dibujo de Suncha).

Palique.

Yo no sé si el Espíritu Santo habrá dicho que donde se junten cuatro harineros allí estará Él. De los obispos, está averiguado que es así; de los harineros, no se puede averiguar; pero lo que yo afirmo es, que donde se junten cuatro *industriales* regeneradores, tengan órdenes mayores ó menores, ó sean legos por completo, allí está el egoísmo disfrazado de proteccionista.

Los clérigos quieren librarse de la contribución, de las quintas, y cobrar diezmos y primicias; los comerciantes piden gollerías; los agricultores quieren roturárnoslo todo; militares y marinos piden el oro y perdonan el moro, y los harineros quieren hacer un pan como unas hostias y que no se admita harina de otro costal, aunque sea mejor y más barata.

¿Y el consumidor?

Ese no celebra concilios, y comulga con ruedas de molino ya episcopales, ya harineras.

Hay que fijarse ya que los pobres obreros, sean de la materia, sean del espíritu, no son los *productores* nunca, para los efectos de pedir gollerías.

Dejemos al obrero intelectual. Fijémonos sólo en el obrero propiamente obrero; él lo produce todo... pero no es el productor que pide protección como comerciante, como agricultor ó como harinero. El provecho de esas protecciones nunca es para él, sino para empresarios y capitalistas.

De modo que, en este sentido, al obrero no le queda más papel que el de consumidor.

Y contra él conspiran, á la corta ó la larga, todos los regeneradores y rabadanes que se juntan para matar la oveja.

Si pudiera ser, que no puede ser, debiera haber una gran liga de consumidores para declararse en huelga y no consumir esos géneros protegidos ó sea más caros de lo que deben ser. Así como hay cajas de resistencia para ayudar á las huelgas ordinarias, debiera haber algo para poder prescindir, por ejemplo, de los harineros protegidos. Haciendo un sacrificio por algún tiempo, y entendiéndose, por algún tiempo también, con los productores no protegidos, para que á su vez se sacrificasen, podría lograrse suspender el consumo del producto artificialmente impuesto por el arancel y conseguir la ineficacia de la protección. Todo esto de aranceles, consumo y harina, me recuerda una oda, ó lo que sea, que acabo de leer y que es de la pertenencia de D. Antonio Zozaya.

D. Antonio Zozaya también era poeta ¡vaya, vaya!

Poeta regenerador, y por consiguiente metido en harina ó por lo menos hidráulico.

Hace una oda, como Paraíso un discurso, para salvar el país de una vez.

La *musa ciega*, se titula la oda, como podía titularse la gallina ciega. Y, en efecto, da palo de ciego á la sintaxis y á la lógica.

Empieza así el Sr. Zozaya, que cuando no era ciego, *aunque* poeta (antes ciegos que tal veas) era editor, si no le confundió yo con otro.

Digo que empieza así:

Soy poeta. Lo sé...

¡La fe te salve!
(No hay que interrumpir).

Soy poeta. Lo sé; me lo ha contado un eco no escuchado...

¡Sobre que no puede ser! Si el eco

no fué escuchado ¿cómo sabe usted que el eco afirmó que era usted poeta?

Además, dudo yo que ningún eco, aunque sea aquel tan fino que si le preguntaban ¿cómo está usted? contestaba: bien ¿y usted? se atreva á asegurar bajo su palabra de eco, que el Sr. Zozaya es poeta.

Los ecos suelen ser mucho más francos. En un campo, muy cerca de mi pueblo, hay un eco magnífico; y como en cierta ocasión varias mozas del partido quisieran sonsacarle gritando todas ellas:—¡Fulana! ¡Mengana! el eco, representado por un chusco, contestó á lo lejos:

—¡Silencio, prostitutas!

Hay ecos así. Pero ecos aduladores, no los he conocido nunca.

Reid de mi locura;

sigue diciendo el Sr. Zozaya, que es muy tolerante.

Principio de temporada, por CILLA



—No te veo este año por los teatros, Pepita.
—Es que no tengo quien me abone.
—Me lo suponía.



—Si consigo que me estrenen este año mi drama efectista, modernista, impresionista, tengo la seguridad de que producirá un alboroto.
—Ten la seguridad, un alboroto, pero atroz.



Mucho hablar de motines, de economías, y de un sin fin de cosas sin importancia, y sin decir se pasan días y días, las modas que prepara París de Francia.



La última vez que estuve contratado, la tomé el público conmigo, y me tiraron patatas; yo me ofendí y rompí la escritura. ¡Ay, qué mal hice! ¡Quién pillara ahora aquella contratita!.. y aquellas patatas.



Cada vez tenemos más importancia, y si no, ya te habrás enterado, Pinguito, de lo que depende la salvación de la Patria. ¡De las economías de Guerra!



—¿No tienes abrigo?
—¡Ay! no, ni esperanza.
—¿Y qué vas á hacer ahora, cuando empiece el frío?
—Pues, constiparme, de seguro.

¡Locura! Quite usted allá; hombre. ¡Usted no está loco! ni lo estará en su vida.

Que de hombre vuestra ciencia le maltrata

Maltratar de, no es castellano. Pero tampoco es una locura.

Sigamos adelante este calvario

¿Pero usted cree que el Calvario se lleva á cuestas? Se llega ó no al Calvario, pero no se sigue con él adelante. Usted confunde la cruz con el Calvario.

Pero ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso de aquí.

Basta ya de Zozaya
que era todo un poeta ¡vaya, vaya!

Pero, como á todo hay quien gane, abro un libro que me envían de América, y leo:

—Creo que nos desencontramos...

Que es lo que le pasa al Sr. Zozaya cuando se pone á salvar al país en verso, que se *desencontran*; vamos, que se pierde.

Y no *desencontremos* más el tiempo.

CLARÍN



El despertador.

(Recuerdo de mi juventud.)

Cosas, por NAVARRETE



—¡No quisía más, sino que se gorviera osté un miura, pá darla en mitá é los rubios!...



—Pues no corrí cuando venía aquel toro por la Carrera de San Jerónimo, porque sabía que se lo comían los cómicos, al llegar á la calle de Sevilla.



—Me vengo de Barcelona harta de llevar la cesta, y vuelta á llevarla también en Madrid. ¡Cuándo querrá Dios que suelte de una vez el chisme éstel...



—Pues señor; creo que esta seña la entenderá mi vecino de enfrente.

—Juanito— me dijo un día mi condiscípulo Arbós, que era un muchacho aplicado, formalote y bonachón.—
¿Cómo es que llegas el último á clase?— Y le dije yo:
—Porque se me ha descompuesto mi reloj despertador y cuando quiero que suene á las diez, suena á las dos.
—Pues, oye—dijo mi amigo— si tuvieras mi reloj, de fijo te levantabas antes de salir el sol.
—¿Tan bueno es el relojito que te despierta?

—¡Un primor!
Tiene unas manos muy negras, pero lindas como hay Dios.
—¿Y está corriente por dentro?
—Si te he de ser franco, no; porque le falta un tornillo, según pública opinión.
—¿Y anda bien?

—Lo que es andando no he visto cosa mejor.
En fin, chico, ¡da la hora!
—No es otra su obligación
¿Y las medias? ¿Y los cuartos?
—Eso quien lo da soy yo.
—¿No se adelanta?

—Bastante.
—Pues tócale sin temor al registro.

—¿Qué le toque?
¡Hombre, no seas atroz!
—Ah, vamos ¿temes romperle cualquier cosa?

—No, señor.
—¿De modo que es una alhaja? Será de repetición.
—Aún no he podido enterarme...
—¡Qué infeliz eres Arbós!
¿Pues no le tienes al lado toda la noche?

—Yo no.
—A las seis de la mañana penetra en mi habitación y me llama.

—¿Con el timbre?
—Con el timbre de su voz.
—¿Pero de qué estás hablando?
—Pues de mi despertador que es la doncella, una chica que vale más de un millón.
—¿Con que ese es tu relojito? Pues, mira, préstamelo por unos días y al punto me verás madrugador.

.....
Un día fui complacido por el buenazo de Arbós. A la mañana siguiente me quedé sin dar lección, y cuando Arbós fué á buscarme ¿sabéis cómo me encontró? ¡Besando las manecillas del reloj despertador!

JUAN PÉREZ ZÚNIGA